

## **ESCUELA Y LITERATURA INFANTIL: ENCUENTROS Y DESENCUENTROS EN EL CAMINO, IMPRESCINDIBLE, HACIA LA PLENITUD DE LA LECTURA SCHOOL AND CHILDREN'S LITERATURE: AGREEMENTS AND DISAGREEMENTS ALONG THE WAY, MUST, TO THE FULLNESS OF READING**

Dr. C. Ramón Luis Herrera Rojas<sup>1</sup>

<sup>1</sup>Universidad de Ciencias Pedagógicas "Silverio Blanco Núñez". Sancti Spíritus. Cuba.

### **¿Cómo referenciar este artículo?**

Herrera Rojas, R. L. (2013). Escuela y literatura infantil: encuentros y desencuentros en el camino, imprescindible, hacia la plenitud de la lectura. *Revista Conrado* [seriada en línea], 9 (40). pp. 19-24. Recuperado de <http://conrado.ucf.edu.cu/>

### **RESUMEN**

Se argumenta por qué han sido contradictorias las relaciones entre la literatura infantil y la escuela a lo largo de los últimos tres siglos, y se explica que ello está lejos de ser una necesidad, porque también son posibles, y la experiencia lo ha demostrado, vínculos fructíferos entre lo literario y lo pedagógico. Se destaca, entre otros aspectos, la urgencia de actualizar los libros cubanos de lectura escolar primaria.

#### **Palabras clave:**

Literatura infantil, libros, primaria.

### **ABSTRACT**

It is argued why they have been contradictory relations between children's literature and school over the last three centuries, and explains that this is far from being a necessity, because they are also possible, and experience has shown, links fruitful between the literary and pedagogical. It highlights, among other things, the urgency of updating the Cuban books elementary school reading.

#### **Keywords:**

Children's literature, books, primary.

### **INTRODUCCIÓN**

La reflexión en torno a la literatura infantil-juvenil y sus encuentros y desencuentros con la escuela tiene, en mi humilde opinión, su *aleph*-ese punto del mundo que contiene todos los mundos reales o imaginados- en el surgimiento y desarrollo de la necesidad de la lectura.

Recalco el término: necesidad de la lectura. Porque la lectura es un hábito en tanto adicción, pero no en cuanto automatización. Nada menos automático que esa complejísima actividad integradora de lo cognitivo, lo afectivo y lo volitivo, que fructifica en el terreno abonado por múltiples influencias estimulantes, desde la más temprana edad, que crece en la gozosa y liberadora interacción con la cultura toda y no con la mera mecánica de la adquisición y ejercitación de la lectoescritura. Es decir, necesidad superior plenamente humana -ni el más entrenado y astuto de nuestros parientes antropoides temblaría jamás de emoción con un verso, tal vez sí con un beso-, necesidad que se satisface en la formidable experiencia de la lectura misma, como las de conocer, amar y

ser amado, sentirse digno y seguro, apreciar y crear lo bello, se complacen en la alegría del conocimiento, el amor, la dignidad y la belleza. Necesidad para la que se hallará tiempo y lugar (como los encontraron Martí, el Che, Fidel, hombres ocupadísimos y lectores incansables) si el hogar, la escuela, la sociedad en su conjunto nos encendieron dentro el fuego sagrado de la pasión por los libros.

## DESARROLLO

¿Qué lugar ocupa la literatura infantil y juvenil en el estímulo a esa necesidad sin la cual viven tantos coterráneos? ¿Cómo ha afrontado históricamente la escuela, en el mundo y en Cuba, su relación más o menos cercana con las letras para niños y adolescentes? ¿Qué pudiera hacerse hoy para que esos vínculos inevitables y no necesariamente contradictorios, contribuyan a que salgamos airoso en el enorme desafío de lograr una formación cultural integral en el sentido de su rica diversidad de componentes y de su afán de incluir a todas las cubanas y cubanos?

La escuela y lo que se entiende convencionalmente por literatura infantil -y es bien conocido que la existencia de esta última se ha cuestionado reiteradamente, pero vuelve siempre al debate, pues parece tener siete vidas como los gatos- surgieron con la modernidad burguesa, cuyos orígenes suelen datarse en el decursar del siglo XVII, cuando nace el concepto de niño como ser con necesidades especiales y surge una demanda de libros adaptados a esas necesidades. A la humanidad le fue más fácil descubrir a América que a la niñez, pues si algo nos ha gustado siempre a casi todos los seres humanos adultos es olvidar que alguna vez fuimos niños.

Por eso los avatares de las mencionadas instituciones se interpenetran desde entonces y una muestra primigenia es el *Orbis rerum sensualium pictus* (El mundo ilustrado de los sentidos), de Jan Amos Komensky (1592-1670), publicado en 1658, primer libro ilustrado concebido ex profeso para la niñez, precisamente por el mismo humanista a quien se debe la *Didáctica Magna*, “artificio universal para enseñar todo a todos”, de 1632, arranque vigoroso de las ciencias de la educación. En esa enmarañada dialéctica es posible distinguir un polo de lo instrumental y utilitario, primordialmente preocupado por la reproducción ideológica de la clase dominante, tarea esencial de la escuela, con harta frecuencia negador del juego y de la autonomía estética de las obras, y otro polo, muchas veces en pugna con aquel, representativo de la creatividad transgresora, capaz de abrir puertas vedadas hacia lo real y lo imaginario.

Así, por ejemplo, caerán como pesados ladrillos sobre las cabezas de los niños, como ha relatado insuperablemente Paul Hazard, las farragosas y edificantes escrituras de numerosos preceptores e institutrices al servicio de una aristocracia dieciochesca en trance de desaparición. De un enemigo ideológico de esa clase en decadencia, del ilustrado y precursor del romanticismo Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), pionero de la educación contemporánea, partirá con la novela pedagógica *Emilio o de la educación* (1762), un impulso innovador de grandes consecuencias, tanto para el pensamiento pedagógico como para la creación literaria. El deslumbramiento por *Las aventuras de Robinson Crusoe* (1719) de Daniel Defoe (1660-1731), con su saga de robinsonadas más o menos felices (hasta un Robinsón cubano hubo, en la segunda mitad del XIX), es el reverso de aquella “literatura” supuestamente educativa y la venganza de los niños ante ese sordo y ciego autoritarismo.

Los siglos XIX y XX verán en los países de mayor desarrollo capitalista un proceso de gradual autonomía de lo literario respecto de lo pedagógico en el universo editorial y una tenaz persistencia en los textos escolares de lo normativo y didactizante. De tiempo en

tiempo se verifica el milagro, y de un encargo estatal de libro de texto para aprender geografía surgirá un clásico como *El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia* (1907) de Selma Lagerlöf (1850-1940). Se reiteran las “lecturas”, generalmente anodinas, redactadas por no escritores, y los llamados “trozos selectos” de los clásicos; poco a poco se irán incorporando, hasta llegar a ser abundantes hoy, las muestras de la creación para niños más prestigiosa y renovadora.

Una breve digresión para atizar un poco el fuego a propósito de un libro objeto casi de adoración en Cuba: *Corazón* (1886), de Edmundo de Amicis (1846-1908), que tematiza la vida escolar en la Italia posterior a la reunificación. Si bien parece asegurada su perdurabilidad, está lejos del universal reconocimiento a su contemporáneo *Aventuras de Pinocho* (1880) de Carlo Collodi (1826-1890) y, aparte de su sentimentalismo excesivo se le critica, sobre todo por los propios italianos -entre ellos Umberto Eco-, para quienes es hoy una especie de pieza arqueológica, el ser expresión, junto a valores humanistas, de la conciencia pequeñoburguesa de su tiempo. Ni por asomo digo lo anterior para que el libro sea censurado en modo alguno, sino para que se le considere en su justa medida y no como el summum de la buena literatura para la infancia. Y no me privo de una cita del artículo “*Corazón: del supuesto a lo evidente*”, de Atilio Angelo Andreotti, aparecido en la cienfueguera revista *Ariel*, en 1999:

“¿A qué puede servir a los muchachos y muchachas de hoy el libro *Corazón*?

A las muchachas nada, ni a las de hoy ni a las de ayer, pues el autor pensó bien no mencionarlas nunca, relegando el sujeto femenino al rol de madres y esposas fieles, o sea, de puras y simples reproductoras de la especie.

Y a los muchachos tampoco. A menos que queramos proponerles como modelo una banda de sensiblonos, llenadores de pañuelos, obsequiosos de cualquier sistema dominante, incapaces de luchar para modificar la injusticia y las disparidades presentes en la sociedad”. (p. 52).

La cuestión del vínculo escuela-literatura infantil en América Latina posee un conjunto de peculiaridades muy propias derivadas del desarrollo tardío y precario de los sistemas educativos en casi todos los países del subcontinente y de la escasa escritura destinada a los niños y jóvenes hasta el siglo XX, con la extraordinaria excepción de *La Edad de Oro* (1889), de José Martí (1853-1895), y de algún que otro autor como el colombiano Rafael Pombo (1833-1912). Reinaba, por tanto, de manera casi absoluta, el adoctrinamiento más dogmático en los libros escolares y en términos de ficción se prefería la fábula, forma genérica didáctica por excelencia, de clara raigambre neoclásica.

En el siglo XX tuvimos la suerte de que algunos notables escritores fueran al mismo tiempo educadores, como la gran poetisa chilena Gabriela Mistral (1889-1957), la costarricense Carmen Lyra (1888-1949) y los cubanos Renée Potts (1908-2000) y Raúl Ferrer (1915-1993). Este último sigue siendo un paradigma de cómo fundir cultura, patriotismo, dignidad humana y escuela; de cómo, desde la buena poesía y no de cualquier descuidada versificación, contribuir a la formación integral de la niñez.

Es bien sabido que se debe a la Revolución Cubana, pese a los malabarismos verbales que hacen algunos para negarlo, el florecimiento de un vigoroso movimiento creativo de literatura infantil, acompañado de un inusitado quehacer editorial que tuvo entre sus forjadores a otro destacado maestro-escritor: Herminio Almendros (1908-1974). No debe olvidarse, tampoco, que los primeros libros elaborados como parte de la gigantesca revolución educacional promovida desde los albores de la victoria rebelde, fueron confiados a tres mujeres de enorme talento: Dora Alonso (1910-2001), Adelaida Clemente

(1917-1999), y la ya mencionada Renée Potts, quien había publicado en 1936 su antológico *Romancero de la maestrilla*. Las dos últimas pedagogas de larga y fructífera trayectoria; la primera -aportadora, en verdad, de los textos más frescos y perdurables- entonces en el comienzo de su multifacética creación para los niños. El autor de estas líneas, que tuvo el privilegio de estrenar aquellos libros rezumantes de lozana cubanía, guarda las vivencias de su lectura como uno de los más preciados tesoros de su memoria. Otros dos momentos importantes de lo acontecido en la relación literatura infantil-libros para la escuela primaria (pues la secundaria siempre ha sido otro mundo), son el del Perfeccionamiento de los años 70 y el de los textos confeccionados en el decenio de los 80, liderados respectivamente por otras dos mujeres de armas tomar: Mirta Aguirre (1912-1980) y Excilia Saldaña (1946-1999), a quienes se deben, por lo demás, dos de los mejores libros de poesía escritos en Cuba para los niños. Ambos proyectos, llevados hasta donde fue posible en el tiempo que les correspondió, sentaron un precedente de ligazón entre la vanguardia artística y el ámbito de la escuela, desconocido hasta entonces. El primero más centrado en la elaboración de textos específicos para los volúmenes de cada grado, en los que un escritor como Eliseo Diego (1920-1994) reveló la versatilidad de su magnífico talento; el segundo, más volcado a la inclusión de textos ya publicados. En ambos, poca presencia de autores contemporáneos de América Latina y de otras áreas geográficas. En ningún libro de lectura escolar cubano, y ello es muy lamentable, aparecen obras de María Elena Walsh (1930), Jairo Aníbal Niño (1941), Ligia Bojunga Nunes (1932) o Ana María Machado (1941), por solo citar autores vivos de primerísima magnitud de Nuestra América.

Desde entonces han pasado más de quince años y aquellos libros de los ochenta, aún vigentes, muestran un lógico y tremendo desfase con el diverso movimiento creativo de la literatura infantil cubana. ¿Cuánto habrá que esperar para que estén en las páginas de nuestros libros de lectura autores, ya conocidos en aquel momento, pero que han dado lo mejor de su obra posteriormente, como Ivette Vian (1944), Enid Vian (1948), Luis Cabrera (1945), Julio M. Llanes (1948), Aramis Quintero (1948), Luis Caissés (1951)... o aparecidos más recientemente, como Enrique Pérez Díaz (1958), Omar Felipe Mauri (1959), Niurki Pérez García (1961), José Manuel Espino (1966), Teresa Cárdenas (1970), Nelson Simón (1965), entre muchos otros?

Y aquí debe destacarse una idea: el libro de lectura y el programa de literatura son elementos de la institución literaria, de tanta o mayor trascendencia pública que los premios, la crítica en la prensa, los homenajes, etc. La etimología de clásico nos recuerda que tal término se aplica, precisamente, a la obra que se estudia en clases. Sin las selecciones de dichos libros, sin las pautas trazadas en los programas, sin las rutinas académicas de año sobre año, difícilmente se podría hablar de canon o de corpus (según se prefiera a Harold Bloom o a Walter Mignolo en la viña teórico-literaria del Señor) ni, por tanto, de memoria en el campo del patrimonio literario.

El problema tiene otra arista: aunque los clásicos son por naturaleza intemporales, en razón de su hondo calar en los eternos dramas humanos y de su maestría expresiva, el niño y el joven, como el adulto, necesitan una literatura que trate su entorno, sus preocupaciones éticas y ontológicas, marcadas por la contemporaneidad. La tensa, quemante dialéctica entre el ser y el tener, las trampas del consumismo, la feroz destrucción de lo vivo, son temas que dominan en la creación literaria más reciente y en ellos puede hallar la escuela una motivadora fuente enriquecedora de debates y reflexiones.

En el nivel de Secundaria Básica la cuestión es más compleja, pues la literatura sobre y para los adolescentes es menos abundante y porque, tradicionalmente, los libros de texto cubanos apenas le han dado cabida. En los libros de Español-Literatura en vigor se encuentra muy poco, por no decir nada, de la literatura pensada para satisfacer o esclarecer los intereses, ansiedades, deseos, confusiones y dudas de esa etapa tan decisiva de la vida.

¿Qué puede hacerse para encontrar soluciones a las carencias y distorsiones señaladas? Ante todo: reflexionar colectivamente, intercambiar criterios entre pedagogos, creadores literarios e investigadores, porque la experiencia demuestra con creces que los más felices logros se obtuvieron mediante el diálogo intersectorial e interdisciplinario. En segundo lugar: convencernos de que la literatura infantil y juvenil es esencial para despertar necesidades de lectura y desarrollar competencias literarias. Pasaremos siglos sin lograr la ansiada y traumática comprensión de textos, por más estrategias y algoritmos que inventemos y apliquemos, si no formamos lectores desde las edades más tempranas. Jamás oí hablar de nadie que leyera apasionadamente y que no comprendiera los textos que eran la causa de su gozo; jamás supe de nadie que entendiera algo de un escritor como Alejo Carpentier (1904-1980), sin leer antes a escritores como Dora Alonso.

Y cuando digo literatura infantil y juvenil no estoy hablando solo de cuentos, poemas y piezas teatrales: incluyo los textos de divulgación científica, histórica, artística, filosófica, deportiva, de los cuales Cuba posee un corpus de muy alto valor, que debe ser vinculado, al igual que la creación ficcional, con el contenido de las disciplinas de los diferentes programas, desde cada clase, -hasta en Matemática hay opciones de ricas potencialidades en este sentido-, como uno de los caminos más promisorios para ampliar horizontes de cultura y encender mentes y corazones.

Trabajar así en red, tendiendo puentes continuos entre las lecturas de los libros de texto y otras lecturas (literarias, periodísticas, científicas...), al estilo de los hipertextos de la informática, es una estrategia que debiéramos seguir y que debiera estar indicada desde los libros escolares mismos. Si se ha estudiado la Guerra de los Diez Años, entonces el libro de texto motiva la lectura de los *Relatos heroicos* de René Méndez Capote (1901-1989) y el maestro, que habrá estudiado la literatura infantil, estimula, por todos los medios a su alcance, ese acercamiento emocional, impulsado por la fascinación de la palabra, que es la poderosa singularidad de lo literario.

Sabemos de las graves limitaciones materiales que impiden la sustitución de los actuales libros de texto. Mientras tanto, deben buscarse alternativas para que lo mejor de la literatura infantil cubana y universal llegue a las escuelas. ¿No pudiera la Editorial Pueblo y Educación publicar antologías, anuarios, recopilaciones diversas, realizadas por personas sensibles y competentes, que sin ser ediciones masivas ni lujosas, garanticen por lo menos algunos ejemplares en cada una de las bibliotecas escolares, hoy tan pobres en lecturas interesantes? Esta pudiera ser una contribución significativa al insoslayable propósito de convertir la lectura en práctica amorosa y cotidiana de una nación que aspira a situarse entre las más cultas del mundo.

## **CONCLUSIONES**

He tratado de expresar, con mis modestas facultades, ese poder casi mágico de la literatura para cambiarnos la vida y hacernos mejores, en el siguiente soneto que dediqué a la profesora Rosario Mañalich, a quien tantas generaciones de profesores y estudiantes de los Institutos Superiores Pedagógicos y de la educación cubana en general le debemos tanto y así quiero terminar mis palabras:

### **EL AULA**

El aula juvenil me transfigura  
de tío cansado en ígneo mozalbete,  
cual si la sangre nueva, dulce fueete,  
azuzara el corcel a la luz pura

convidado a la vida y su banquete.  
El aula juvenil me dice: cura  
tu polvo gris en la literatura  
y como Ulises, hacia casa, vete

y goza, de regreso a tus ficciones,  
a la imagen cabal, a inquieta esdrújula  
como el héroe, de Ítaca el paisaje;

soltemos de sus páginas-prisiones,  
al Hombre y su Quehacer, démosle brújula  
hacia nosotros, en eterno viaje.

Porque como dijera José Martí, guía perenne en tantos rumbos y laberintos de la vida, al narrar sus experiencias de educador en su magistral artículo “Los lunes de La Liga”: “...solo hay dicha verdadera en la amistad y la cultura”.

#### **BIBLIOGRAFÍA**

- Aleotti, A. A. (1999). Corazón: del supuesto a lo evidente. *Ariel. La Revista Cultural de Cienfuegos*.
- Hazard, P. (1989). *Los libros, los niños y los hombres*. La Habana: Editorial Gente Nueva.
- Herrera, R. L. (2009). *Magia de la letra viva. Formar lectores en la escuela*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación.
- Herrera, R. L., & Estupiñán, M. (s/f). *Diccionario de autores de la literatura infantil cubana*. En proceso editorial.
- Martí, J. (1982). *La Edad de Oro*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación.
- Martí, J. (1992). *Obras Escogidas en tres tomos. Tomo III*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- República de Cuba. Ministerio de Educación. (1998). *Programa Nacional por la Lectura*.